

## Review/Reseña

Solodkow, David Mauricio Adriano. *Etnógrafos coloniales: alteridad y escritura en la Conquista de América (siglo XVI)*. Madrid/Frankfurt: Vervuert/Iberoamericana, 2014.

### El discurso etnográfico colonial: definición y reconceptualización

**Kim Beachesne**

The University of British Columbia

La clasificación del Otro es una constante en la cultura occidental desde la Antigüedad grecolatina. El libro de David Mauricio Adriano Solodkow, *Etnógrafos coloniales: alteridad y escritura en la Conquista de América (siglo XVI)* (2014), examina minuciosamente cómo esta se sistematiza, revisa y reconfigura durante el siglo XVI, en el contexto de la invasión europea de las Américas. Así, el autor nos muestra cómo desde los *Diarios* colombinos la diferencia étnica y religiosa es reorganizada, ordenada y cosificada, un proceso que insta a su vez al europeo a considerar los límites de su propio conocimiento. Más importante aún, Solodkow se propone definir de manera clara la compleja *formación discursiva* que constituye el discurso etnográfico, por lo cual su objetivo consiste en “circunstanciar el uso, la implementación y reformulación de este discurso en un corte sincrónico que cubre el siglo XVI” (18). En otras palabras, se trata de una “deconstrucción de los modos en los cuales las epistemes eurocéntricas concibieron la alteridad indígena mediante las formulaciones del *discurso*

*etnográfico*” para conocer mejor “los dispositivos de dominación colonial” (19). Dicha deconstrucción se basa astutamente en una pregunta inicial sobre si existe un tipo de regularidad (o *reglas de formación de enunciados*, en términos de Michel Foucault) en la producción textual en torno a la conquista de América. El autor concluye que se observa una serie de “modos singulares y específicos” con los que se limita y ordena la *diferencia* antropológica para frenar su “proliferación constante” (20) y así apoyar—tanto material como simbólicamente—la expansión imperial de Europa sobre el continente americano.

Por lo tanto, no cabe duda de que uno de los aspectos más destacados del presente estudio es la sistematización del variado conjunto de dispositivos discursivos (es decir, estereotipos, tropos, taxonomías o analogías) que componen el discurso etnográfico en textos representativos del siglo XVI, sin perder de vista la heterogeneidad de este corpus. En efecto, Solodkow se enfoca en las paradojas y contradicciones propias del impulso etnográfico, el cual, al no poder explicar (y por ende dominar) al Otro de manera adecuada, “lo *encubrió* y lo deformó” (25), creando seres fabulosos (monstruos, caníbales, amazonas) y aumentando de este modo la distancia entre el “yo” europeo y la otredad americana en vez de reducirla. Al mismo tiempo, el autor se interesa por las instancias en que la alteridad, presa de una “*propensión metafórica*” (Jáuregui, *Canibalia*, 13), escapa la clasificación rígida y desestabiliza el discurso eurocéntrico de orden esencialista, como en el caso del sincretismo religioso (41). En tal marco, Solodkow echa mano de la noción de *ambigüedad* del *significante* de Ernesto Laclau (*Emancipación y diferencia*, 69-76) y la productiva *pobreza conceptual* de Roland Barthes (*Mitologías*, 220) para señalar la marcada ambivalencia del discurso etnográfico colonial.

El libro, que surge de una tesis doctoral, consta de seis capítulos organizados en función de los tópicos más pertinentes de dicho discurso. En el primer capítulo, “Una etnografía especulativa: el incierto origen de los indígenas americanos”, se analizan las distintas teorías que se formularon a lo largo del siglo XVI en torno a la procedencia de los amerindios. Más específicamente, se examinan textos escritos por evangelizadores, cronistas e historiadores (Gonzalo Fernández de Oviedo, Miguel Cabello de Balboa, Gregorio García, Diego Durán, Gerónimo de Mendieta y José de Acosta, entre muchos otros) para conjeturar—uniendo la etnografía y la teología—sobre el rol de los “nuevos” sujetos indígenas en la larga tradición cristiana y así justificar la validez de la misión evangelizadora/“civilizadora” en el Nuevo Mundo. Se demuestra entonces cómo esta “especulación etnoteológica” (113) sirvió para

deslegitimar los modos autóctonos de narrar la historia local y el derecho del aborigen a poseer su propio territorio.

El segundo capítulo, “El caleidoscopio colombino: utopía, traducción lascasiana y etnografía caníbal”, estudia las primeras representaciones europeas del indígena americano, es decir, las que se encuentran en los escritos colombinos. Solodkow se basa no solo en el famoso *Diario* sino también en algunas cartas (sobre todo la fundamental “Carta a Luis de Santángel”) para trazar la ambigua y cambiante concepción del Otro (“amigo y enemigo, inocente y culpable” [129]) a lo largo del primer viaje de Cristóbal Colón. El autor arguye que el discurso colombino, que revela fricciones entre el deseo colonial, la resistencia nativa y el reciclaje del archivo europeo, tiene indudablemente un efecto práctico: de manera estratégica, su dimensión etnográfica avala la esclavitud indígena y el auge del imperio español en América.

El tercer capítulo, “Etnografía, soberanía imperial y legislación”, se centra en la relación entre el discurso etnográfico y el legislativo respecto a la regulación de los pueblos amerindios a nivel económico y religioso. A través del detallado análisis de una selección de documentos apropiados (las bulas de donación papales, las *Leyes de Burgos* [1512] y el intercambio textual entre Juan Ginés de Sepúlveda y Bartolomé de las Casas, por ejemplo), se manifiesta una vez más cómo la mirada etnográfica tiene como finalidad el control legal de la población amerindia. Dicho análisis, organizado en torno a tres instancias clave (el dominio de los Reyes Católicos sobre América, las primeras legislaciones sobre la servidumbre nativa y los debates sobre la “guerra justa”), le permite al autor deducir que hay una clara falta de correspondencia entre los sistemas jurídicos (sobre todo los tutelares) y su aplicación concreta, es decir, “uno de los genocidios más grandes y con mayores consecuencias [...] para la historia de la humanidad” (238).

En el cuarto capítulo, “América como traslado del infierno. Etnografías evangélicas y paranoia satánica”, se privilegian los textos de los primeros misioneros y evangelizadores (Andrés de Olmos, Diego de Landa, Ramón Pané, etc.) para explorar cómo el discurso demonológico es usado para concebir la diferencia cultural y religiosa del Otro en el Nuevo Mundo. Al discutir estos tratados y crónicas, Solodkow enfatiza el papel de la “influencia satánica” en la clasificación de los aspectos más dispares de la población indígena. El autor también se basa en las estrategias retóricas (analogía, alegoría, hipérbole) que se emplean para insertar al amerindio mediante signos en el orden hegemónico cristiano. La analogía, por ejemplo, genera una especie

de paranoia colonial para los colonizadores, atemorizados por las comparaciones religiosas, y los colonizados, amenazados de castigo por su práctica subversiva de rituales locales.

El quinto capítulo, “Bernardino de Sahagún y la paradoja etnográfica”, resalta los dispositivos de dominación simbólica y física que se observan en el trabajo etnográfico del misionero franciscano, particularmente en los *Primeros memoriales* (ca. 1558-61) y la *Historia general de las cosas de Nueva España* (1569, rev. 1585). Resulta evidente que en estas obras coexisten reacciones opuestas: la atracción por la admirable cultura indígena y el temor ante la diferencia religiosa. La ambigua clasificación sahanuniana es así una de las primeras instancias eurocéntricas que abogan a la vez por la protección de lo aniquilado y la cosificación homogénea del Otro amerindio. Por consiguiente, Solodkow insiste acertadamente en que el valor que Sahagún parece atribuirle a la voz nativa no se debe separar de la violencia inherente a la Conquista y, en términos más generales, la *Modernidad colonial*; se trata más bien de un mecanismo de “penetración cultural y religiosa [...] llevada a cabo en forma organizada y sistemática” (330-31) que suele ser subestimado por los críticos contemporáneos.

En el sexto capítulo, “Empirismo, etnografía y evangelización en la obra de José de Acosta”, se evalúan críticamente *De procuranda indorum salute* (1588) y la *Historia natural y moral de las Indias* (1590). Al examinar cómo se usan en estos textos las nociones de “barbarie” e “idolatría”, Solodkow cuestiona la percepción del jesuita español como “un hombre moderno y epistemológicamente racionalista al estilo de los filósofos e historiadores de la Ilustración” (398). Además, el autor explica por qué considera *De procuranda* como más relevante (aunque de menor difusión y popularidad) que la *Historia*, ya que esta es complementaria del proyecto principal que Acosta enuncia en aquella. Más importante aún, Solodkow describe cómo la tipificación etnográfica de la barbarie indígena está en la base de dicho proyecto evangelizador que intentó transformar radicalmente al Otro, borrar su cultura e imponerle el sistema religioso, político y económico del imperio hispánico.

En conclusión, *Etnógrafos coloniales* es de gran interés por su rigurosidad, erudición y fineza conceptual. Se debe admitir que el tema no es precisamente novedoso: la clasificación de la diferencia antropológica que dio lugar a la “colonialidad del poder” (Quijano) ha sido extensamente estudiada en relación con la producción textual de la mayoría de los autores examinados aquí, de Colón a Acosta. Sin embargo, este libro se distingue al ofrecer una visión sistemática y abarcadora del

discurso etnográfico en el siglo XVI, además de reevaluar las publicaciones académicas ya existentes; por tanto, tiene el potencial de pasar a ser una referencia obligatoria en el campo de los estudios coloniales. Este acercamiento global es posible gracias a una metodología transdisciplinaria que combina la literatura, la antropología, la teología y la historia, entre otras disciplinas; también se beneficia de una amplia selección de géneros (cartas, documentos legales, crónicas, ilustraciones, etc.), herramientas teórico-metodológicas (crítica literaria y cultural, análisis del discurso, teoría poscolonial, etc.) y regiones (Caribe, Nueva España, Perú y Nueva Granada). Tal aproximación ecléctica no deja de realizarse con cuidado debido a la insistencia constante del autor en las ambigüedades, contradicciones y “fracasos productivos” (25) de la *formación discursiva* que constituye el discurso etnográfico—un enfoque primordial para dar cuenta del carácter heterogéneo de las narrativas coloniales. Por último, conviene resaltar que Solodkow no se limita a explorar el discurso etnográfico en sí, sino que también se preocupa por los efectos que este tuvo en los distintos grupos sociales de América, tanto a nivel simbólico como práctico. En este sentido, queda patente que la valiosa *genealogía de la alteridad* reconstruida en este libro mantiene una estrecha relación con el presente, bajo la forma de un legado colonial que nos lleva a reflexionar sobre nuestros modos actuales de concebir al Otro.

### Bibliografía

- Barthes, Roland. *Mitologías*. Trad. Héctor Schmucler. Buenos Aires: Siglo XXI, 2005.
- Jáuregui, Carlos A. *Canibalia: canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consumo en América Latina*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2008.
- Laclau, Ernesto. *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires: Ariel, 1996.